

## Amor mal entendido

Rasga el sol naciente la suave luz del crepúsculo y sus rayos dorados besan la majestuosa mole del Montserrat nimbando sus fantásticas rocas. Es el tributo que rinde el rey de los astros a su Celestial Señora, la Reina del Universo, en su colosal trono.

El aire es fresco y transparente, embalsamado por las hierbas aromáticas de la santa montaña que, a esta hora, despiden su más intenso aroma.

Desde el Llobregat que alimenta las numerosas colonias fabriles a su vera recostadas, vemos pasar raudo el tren del Norte a gran altura, iluminadas todavía sus ventanas, semejando estos minúsculos trenes de mecano que se exhiben en algunos escaparates.

Subimos hacia la estación y montamos en el primer tren que pasa camino de la ciudad.

Observamos la diversidad de pasajeros que nos acompañan: obreros en su mayor parte, hay también algunos individuos de la clase media, que, por ser lunes, regresan de su finca donde han ido a pasar el domingo y se dirigen a la gran urbe, donde seguirán desarrollando sus actividades que les permite vivir desahogadamente.

Un caballero cincuentón, acompañado de un magnífico perro lobo entra en nuestro departamento. Inmediatamente hace su aparición el interventor dispuesto a legalizar el pasaje del can. Su dueño se apresta sin réplica al cumplimiento del contrato, como hombre acostumbrado a tales encuentros.

Entre tanto el perro, ajeno al honor que se le está dispensando, verifica un reconocimiento olfativo a todo el departamento, guiado sin duda por el instinto de conservación que, a estas horas debe manifestarse en forma de hambre. Desvanecida su ilusión gástrica, el animal se arremolina a nuestros pies dirigiendo de vez en cuando una mirada inteligente a su amo.

— ¿Molesta? — inquiriere cortésmente el caballero. Y a nuestra respuesta negativa, continua satisfecho, refiriéndose a su perro: «Es muy inteligente. Ahora estaba

ya impaciente porque mi hijo mayor ha marchado en el primer tren y quería ir con él. Toda la semana lo tengo en Barcelona pero el sábado me lo llevo a la torre donde pasamos la fiesta». Y, complacido no deja de mirar y acariciar al afortunado animal.

Nos acercamos a Tarrasa y la conversación toma un giro distinto.

— Aquí en Matadepera - dice nuestro locuaz interlocutor - el Estado ha construido un Sanatorio para la clase obrera, que es una maravilla. Se calcula que es el mayor de España: además, como está servido por monjas, la disciplina en él es ejemplar.

Yo llevé allí a un obrero que trabajaba en mi obra. Era joven, no tenía familia. Vino de Andalucía, y como el muchacho andaría mal alimentado y no muy bien cuidado, enfermó. Hice mis trámites para internarlo en el mencionado sanatorio y me lo admitieron inmediatamente. Luego, prosiguió como respondiendo a una acusación interior:

— ...Pero yo no voy nunca a verle, no, no, no he ido nunca.

¡Valiente humanitario! me dije. ¿Quién pudiera sospechar al verle tan solícito con el perro que, por inteligente que parezca no deja de ser un irracional, que guardara para su infeliz ex-productor la amarga hiel del olvido y del abandono?

¡Con lo que agradecería el enfermo sin familia, lejos de su tierra, una migaja del cariño que su amo prodiga tan inútilmente al animal!...

Afortunadamente nuestra Madre Patria vela por sus hijos desamparados y por medio de estas abnegadas y heroicas Religiosas, suaviza con el bálsamo de la caridad la herida abierta en sus corazones por la indiferencia, el olvido y la ingratitud de aquellos que, posiblemente, les atañe alguna responsabilidad en lo concerniente a la pérdida de salud de los individuos dedicados a su servicio.

M. ROSELL

## Cualidades de la mujer: humilde, modesta

La humildad es una cualidad bella que adorna siempre al que la posee y necesaria, además, para salvarse. Así lo dice Jesús: «El que no sea humilde como un niño, no entrará en el reino de los cielos». Y en otros pasajes de su doctrina: «El que se ensalza, será humillado, y el que se humilla será ensalzado».

La mujer cristiana ha de ser humilde sin ostentación, pues de lo contrario resultaría ridícula vanidad, que es defecto opuesto a la virtud de que nos ocupamos.

Piense a menudo en las palabras de Jesucristo: «No he venido a que me sirvan, sino para servir», y haga de forma como si estuviera al servicio de todos los miembros de su hogar, ayudándoles, escuchándoles, anticipándose a satisfacer sus deseos y dando a entender que para ella, ésto es placer más que molestia, y placer es, efectivamente, servir y procurar en todo la felicidad de los que amamos.

La humildad surge del propio conocimiento; nada somos, nada poseemos; todo lo bueno de Dios lo hemos recibido y en ello le hemos de dar gloria y alabanza. Sólo nuestros defectos nos pertenecen; tengámoslos a la vista para que así no nos parezcan tan enormes los de los demás y sepamos ser indulgentes y comprensivas.

La humildad hará que huyamos el obrar buscando elogios y aplausos. Todo en la tierra es capaz de perfección; por mucho que haga y consiga le queda aún más por hacer y conseguir.

La modestia es hermana gemela de la humildad.

El «yo» ha de quedar relegado a último término. Su propio valor no ha de ser ella quien lo pregone y, de hecho, no quedará oculto. La violeta es siempre descubierta por su penetrante perfume...

Como la madre es quien ha de formar y dar vida con su ejemplo a la atmósfera que la familia respire, de